

de quien la cumple sea consultada, sino que es preciso aún, para que sea natural, que hable directamente por boca de la Naturaleza.

Dejando, pues, á un lado todos los libros científicos que sólo nos enseñan á ver los hombres tales como ellos se han hecho, y meditando sobre las primeras y más simples manifestaciones del alma humana, creo percibir dos principios anteriores á la razón, de los cuales el uno interesa profundamente á nuestro bienestar y á nuestra propia conservación, y el otro nos inspira una repugnancia natural á la muerte ó al sufrimiento de todo ser sensible y principalmente de nuestros semejantes. Del concurso y de la combinación que nuestro espíritu esté en estado de hacer de estos dos principios, sin que sea necesario el contingente del de la sociabilidad, es de donde me parece que dimanen todas las reglas del derecho natural, reglas que la razón se ve obligada en seguida á restablecer sobre otras bases, cuando, á causa de sus sucesivos desarrollos llega hasta el punto de ahogar la Naturaleza.

De esta suerte no se está obligado á hacer del ser humano un filósofo antes que un hombre; sus deberes para con los demás no le son dictados únicamente por las tardías lecciones de la sabiduría, y mientras no haga resistencia al impulso interior de la conmiseración, jamás hará mal á otro hombre ni á ser sensible alguno, excepto en el caso legítimo en que su vida se encuentre en peligro y véase forzado á defenderla. Por este medio se terminan también las antiguas controversias sobre la participación que corresponde á los animales en la ley natural; pues es claro que, desprovistos de inteligencia y de libertad, no pueden reconocer esta ley; pero teniendo algo de nuestra naturaleza por la sensibilidad de que están dotados, se juzgará justo que también participen del derecho natural

y que el hombre se vea forzado hacia ellos á ciertos deberes. Parece, en efecto, que si yo estoy obligado á no hacer mal ninguno á mis semejantes, es menos por el hecho de que sea un ser razonable que porque es un ser sensible, cualidad que, siendo común á la bestia y al hombre, debe al menos darle el derecho á la primera de no ser maltratada inútilmente por el segundo.

Este mismo estudio del hombre primitivo, de sus verdaderas necesidades y de los principios fundamentales de sus deberes, es el único buen medio que puede emplearse para vencer las mil dificultades que se presentan sobre el origen de la desigualdad moral, sobre los verdaderos fundamentos del cuerpo político, sobre los derechos recíprocos de sus miembros y sobre multitud de otras cuestiones semejantes, tan importantes como mal aclaradas.

Considerando la sociedad humana con mirada tranquila y desinteresada, me parece que no se descubre en ella otra cosa que la violencia de los poderosos y la opresión de los débiles. El espíritu se rebela contra la dureza de los unos ó deplora la ceguedad de los otros, y como nada es menos estable entre los hombres que estas relaciones exteriores que el azar produce más á menudo que la sabiduría y que se llaman debilidad ó poder, riqueza ó pobreza, las sociedades humanas parecen, al primer golpe de vista, fundadas sobre montones de arena movediza. Sólo después de haberlas examinado de cerca, después de haber separado el polvo y la arena que rodean al edificio, es cuando se descubre la base inamovible sobre la cual descansa, y cuando se aprende á respetar sus fundamentos. Ahora, sin el estudio serio del hombre, de sus facultades naturales y de sus desarrollos sucesivos, no se llegará jamás á hacer estas

distinciones, ni á descartar, en la actual constitución de las cosas, lo que es obra de la voluntad divina de lo que el arte humano ha pretendido hacer. Las investigaciones políticas y morales á que se presta el importante tema que examino son, pues, útiles de todas maneras, ya que la historia hipotética de los gobiernos es para el hombre una lección instructiva á todas luces. Considerando lo que seríamos abandonados á nosotros mismos, debemos aprender á bendecir la mano bienhechora que, corrigiendo nuestras instituciones y dándoles una base duradera, ha prevenido los desórdenes que podrían resultar de ellas y hecho surgir nuestra felicidad de los medios mismos que parecían destinados á colmar nuestra miseria.

*Quem te Deus esse  
Jussit, et humana qua parte locatus es in re,  
Disce.*

PERS, Sat. III, v. 71.

### DISCURSO

Tengo que hablar del hombre, y el tema que examino me dice que voy á hablarles á hombres, pues no se proponen cuestiones semejantes cuando se teme honrar la verdad. Defenderé, pues, con confianza la causa de la humanidad ante los sabios que á ello me invitan y me consideraré satisfecho de mí mismo si me hago digno del tema y de mis jueces.

Concibo en la especie humana dos clases de desigualdades: la una que considero natural ó física, porque es establecida por la naturaleza y que consiste en la diferencia de edades, de salud, de fuerzas corporales y de las cualidades del espíritu ó del alma, y la otra que puede llamarse desigualdad moral ó política, porque depende

de una especie de convención y porque está establecida ó al menos autorizada, por el consentimiento de los hombres. Ésta consiste en los diferentes privilegios de que gozan unos en perjuicio de otros, como el de ser más ricos, más respetados, más poderosos ó de hacerse obedecer.

No puede preguntarse cuál es el origen de la desigualdad natural, porque la respuesta se encontraría enunciada en la simple definición de la palabra. Menos aún buscar si existe alguna relación esencial entre las dos desigualdades, pues ello equivaldría á preguntar en otros términos si los que mandan valen necesariamente más que los que obedecen, y si la fuerza corporal ó del espíritu, la sabiduría ó la virtud, residen siempre en los mismos individuos en proporción igual á su poderío ó riqueza, cuestión tal vez á propósito para ser debatida entre esclavos y amos, pero no digna entre hombres libres, que razonan y que buscan la verdad.

¿De qué se trata, pues, precisamente en este discurso? De fijar en el progreso de las cosas el momento en que, sucediendo el derecho á la violencia, la naturaleza fué sometida á la ley; de explicar por medio de qué encadenamiento prodigioso el fuerte pudo resolverse á servir al débil y el pueblo á aceptar una tranquilidad ideal en cambio de una felicidad real.

Los filósofos que han examinado los fundamentos de la sociedad, han sentido todos la necesidad de remontarse hasta el estado natural, pero ninguno de ellos ha tenido éxito. Los unos no han vacilado en suponer al hombre en este estado con la noción de lo justo y de lo injusto, sin cuidarse de demostrar que debió tener tal noción, ni aun que debió serle útil. Otros han hablado del derecho natural que cada cual tiene de conservar lo que

le pertenece, sin explicar lo que ellos entienden por pertenecer. Algunos, concediendo al más fuerte la autoridad sobre el más débil, se han apresurado á fundar el gobierno sin pensar en el tiempo que ha debido transcurrir antes que el sentido de las palabras autoridad y gobierno pudiese existir entre los hombres. En fin, todos, hablando sin cesar de necesidad, de codicia, de opresión, de deseos y de orgullo, han transportado al estado natural del hombre las ideas que habían adquirido en la sociedad: todos han hablado del hombre salvaje á la vez que retrataban el hombre civilizado. Ni siquiera ha cruzado por la mente de la mayoría de nuestros contemporáneos la duda de que el estado natural haya existido, entretanto que es evidente, de acuerdo con los libros sagrados, que el primer hombre, habiendo recibido inmediatamente de Dios la luz de la inteligencia y el conocimiento de sus preceptos, no se encontró jamás en tal estado, y si á ello añadimos la fe que en los escritos de Moisés debe tener todo filósofo cristiano, es preciso negar que, aun antes del Diluvio, los hombres jamás se encontraron en el estado netamente natural, á menos que hubiesen caído en él á consecuencia de algún suceso extraordinario, paradoja demasiado embrollada para defender y de todo punto imposible de probar.

Principiemos, pues, por descartar todos los hechos que no afectan la cuestión. No es preciso considerar las investigaciones que pueden servirnos para el desarrollo de este tema como verdades históricas, sino simplemente como razonamientos hipotéticos y condicionales, más propios á esclarecer la naturaleza de las cosas que á demostrar su verdadero origen, semejantes á los que hacen todos los días nuestros físicos con respeto á la formación del mundo. La religión nos manda creer que Dios mismo,

antes de haber sacado á los hombres del estado natural inmediatamente después de haber sido creados, fueron desiguales porque así él lo quiso; pero no nos prohíbe hacer conjeturas basadas en la misma naturaleza del hombre y de los seres que lo rodean, sobre lo que sería el género humano si hubiese sido abandonado á sus propios esfuerzos. He aquí lo que se me pide y lo que yo me propongo examinar en este discurso. Interesando el tema á todos los hombres en general, procuraré usar un lenguaje que convenga á todas las naciones; ó mejor dicho, olvidando tiempos y lugares para no pensar sino en los hombres á quienes me dirijo, me imaginaré estar en el Liceo de Atenas, repitiendo las lecciones de mis maestros, teniendo á los Plutones y á los Xenócrates por jueces y al género humano por auditorio.

¡ Oh, hombres! Cualquiera que sea tu patria, cualesquiera que sean tus opiniones, escucha: He aquí tu historia, tal cual he creído leerla, no en los libros de tus semejantes, que son unos farsantes, sino en la naturaleza que no miente jamás. Todo lo que provenga de ella será cierto; sólo dejará de serlo lo que yo haya mezclado de mi pertenencia, aunque sin voluntad. Los tiempos de que voy á hablarte son muy remotos. ¡ Cuánto has cambiado de lo que eras! Es, por decirlo así, la vida de tu especie la que voy á describir de acuerdo con las cualidades que has recibido y que tu educación y tus costumbres han podido depravar, pero que no han podido destruir. Hay, lo siento, una edad en la cual el hombre individual quisiera detenerse: tú buscarás la edad en la cual desearías que tu especie se detuviese. Descontento de tu estado actual por razones que pronostican á tu malhadada posteridad disgustos mayores aún, querrás tal vez poder retroceder, siendo este sentimiento el elogio de tus antepasados,

la crítica de tus contemporáneos y el espanto de que tengan la desgracia de vivir después de ti.

PARTE PRIMERA

Por importante que sea, para juzgar bien del estado natural del hombre, para considerarlo desde su origen y examinarlo, por decir así, en el primer embrión de la especie, no seguiré su organización á través de sus sucesivos cambios; no me detendré á investigar en el sistema animal lo que pudo ser en un principio para llegar á ser lo que es en la actualidad. No examinaré si sus uñas de hoy, fueron en otro tiempo, como piensa Aristóteles, garras encorvadas; si era velludo como un oso y si andando en cuatro pies (*c*), dirigiendo sus miradas hacia la tierra en un limitado horizonte de algunos pasos, no indicaba á la vez que su carácter, lo estrecho de sus ideas. Yo no podría hacer á este respecto sino conjeturas vagas y casi imaginarias. La anatomía comparada ha hecho todavía pocos progresos, las observaciones de los naturalistas son aún demasiado inciertas para que se pueda establecer sobre fundamentos semejantes la base de un razonamiento sólido. Así, pues, sin recurrir á los conocimientos sobrenaturales que tenemos al respecto y sin tomar en cuenta los cambios que han debido sobrevenir en la conformación tanto interior como exterior del hombre, á medida que aplicaba sus miembros á nuevos ejercicios y que se nutría con otros alimentos, lo supondré conformado en todo tiempo tal cual lo veo hoy, caminando en dos pies, sirviéndose de sus dos manos como hacemos nosotros con las nuestras, dirigiendo sus miradas sobre la naturaleza entera y midiendo con ella la vasta extensión del cielo.

Despojando este ser así constituido de todos los dones sobrenaturales que haya podido recibir y de todas las facultades artificiales que no ha podido adquirir sino mediante largos progresos; considerándolo, en una palabra, tal cual ha debido salir de las manos de la naturaleza, veo en él un animal menos fuerte que unos y menos ágil que otros, pero en conjunto mejor organizado que todos; lo veo saciar su hambre bajo una encina, su sed en el arroyo más cercano, durmiendo bajo el árbol mismo que le proporcionó su sustento, y de esta suerte satisfacer todas sus necesidades.

La tierra abandonada á su fertilidad natural (*d*) y cubierta de inmensos bosques que el hacha no mutiló jamás, ofrece á cada paso alimento y refugio á los animales de toda especie. Los hombres, diseminados entre ellos, observan, imitan su industria y se instruyen así hasta posesionarse del instinto de las bestias, con la ventaja de que cada especie no tiene sino el suyo propio y de que el hombre, no teniendo tal vez ninguno que le pertenezca, se los apropia todos, como se nutre igualmente con la mayor parte de los diversos alimentos (*e*) que los otros animales se dividen, encontrando por consiguiente su subsistencia con más facilidad que ellos.

Habitados desde la infancia á las intemperies del aire y al rigor de las estaciones; ejercitados en la fatiga y obligados á defender, desnudos y sin armas, sus vidas y sus presas contra las otras bestias feroces, ó á escaparse mediante la fuga, los hombres adquieren un temperamento robusto y casi inalterable. Los niños, que vienen al mundo con la misma excelente constitución de sus padres y que la fortifican por medio de los mismos ejercicios, adquieren así todo el vigor de que es capaz la especie humana. La naturaleza obra precisamente con ellos

como la ley de Esparta con los hijos de los ciudadanos : hace fuertes y robustos aquellos que están bien constituidos y suprime los demás, diferente en esto, de nuestras sociedades, en donde el Estado, haciendo los hijos onerosos á sus padres, los mata indistintamente antes de haber nacido.

Siendo el cuerpo del hombre salvaje, el solo instrumento que conoce, lo emplea en diversos usos, para los cuales por falta de ejercicio, los nuestros son incapaces, pues nuestra industria nos quita la fuerza y la agilidad que la necesidad le obliga á él á adquirir. En efecto, si hubiera tenido un hacha, ¿habría roto con el brazo las gruesas ramas de los árboles? Si hubiera dispuesto de una honda, ¿habría lanzado con la mano una piedra con tanta violencia? Si hubiera tenido una escala, ¿habría subido á un árbol con tanta ligereza? Si hubiera poseído un caballo, ¿habría sido tan veloz en la carrera? Si dáis al hombre civilizado el tiempo de reunir todos estos auxiliares á su alrededor, no puede dudarse que aventajará fácilmente al hombre salvaje; pero si queréis ver un combate más desigual aún, colocadlos á ambos desnudos, el uno frente al otro, y reconoceréis muy pronto la ventaja de tener constantemente todas sus fuerzas á su servicio, de estar siempre dispuesto para cualquier evento y de llevar siempre, por decirlo así, todo consigo (f).

Hobbes pretende que el hombre es naturalmente intrépido y que únicamente desea atacar y combatir. Un filósofo ilustre piensa lo contrario, y Cumberland y Puddendorf aseguran también que no hay nada más tímido que el hombre primitivo, que siempre está temblando y dispuesto á huir al menor ruido que escucha ó al más pequeño movimiento que percibe. Puede ser tal vez así, pero con respecto á aquellos objetos que no conozca, y

no dudo en lo absoluto que le aterrorice todo espectáculo nuevo que se ofrezca á su vista, siempre que no pueda distinguir el bien y el mal físico que debe esperar, ni haya comparado sus fuerzas con los peligros que tenga que correr, circunstancias raras en el estado natural en el cual todas las cosas marchan de manera tan uniforme y en el que la superficie de la tierra no está sujeta á esos cambios bruscos y continuos que causan las pasiones y la inconstancia de los pueblos reunidos en sociedad. Pero viviendo el hombre salvaje dispersado entre los animales y encontrándose desde temprana edad en el caso de medir sus fuerzas con ellos, establece pronto la comparación, y sintiendo que los sobrepuja en habilidad más de lo que ellos le exceden en fuerza, se acostumbra á no temerles. Poned un oso ó un lobo en contienda con un salvaje robusto, ágil, valeroso, como lo son todos, armado de piedras y un buen palo y veréis que el peligro será más ó menos recíproco y que después de varias experiencias semejantes, las bestias feroces que no les gusta atacarse mutuamente, dejarán tranquilo al hombre á quien habrán encontrado tan feroz como ellas. Con respecto á los animales que tienen más fuerza que el hombre destreza, hállase éste en caso análogo al de otras especies más débiles que él y que no por eso dejan de subsistir, con la ventaja para el hombre que, no menos dispuesto que ellos para correr, y encontrando en los árboles un refugio casi seguro, tiene á su arbitrio aceptar ó rehuir la contienda. Añadamos el hecho de que, según parece, ningún animal hace la guerra por instinto al hombre, salvo en el caso de defensa propia ó de extremada hambre, ni tampoco manifiesta contra él esas violentas antipatías que parecen anunciar que una especie está destinada por la naturaleza á servir de pasto á otra.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

He aquí, sin duda, las razones por las cuales los negros y los salvajes se preocupan tan poco de las bestias feroces que puedan encontrar en los bosques. Los caribes de Venezuela, entre otros, viven, por lo tocante á esto, en la mayor seguridad y sin el menor inconveniente. Aunque están casi desnudos, dice Francisco Correal, no dejan de exponerse atrevidamente por entre los bosques, armados únicamente con la flecha y el arco, sin que se haya oído decir jamás que ninguno ha sido devorado por las fieras.

Otros enemigos más temibles y contra los cuales el hombre no tiene los mismos medios de defensa, son las enfermedades naturales, la infancia, la vejez y las dolencias de toda clase, tristes señales de nuestra debilidad, de los cuales los dos primeros son comunes á todos los animales y el último, con preferencia, al hombre que vive en sociedad. Observo además, con relación á la infancia, que la madre, llevando consigo por todas partes su hijo, tiene mayores facilidades para alimentarlo que las hembras de muchos animales, forzadas á ir y venir sin cesar, con sobra de fatiga, ya en busca del alimento para ellas, ya para amamantar ó nutrir sus pequeñuelos. Es cierto que si la madre llega á perecer, el hijo corre mucho riesgo de perecer con ella; mas este peligro es común á cien otras especies cuyos pequeñuelos no están por largo tiempo en estado de procurarse por sí mismos su alimento, y si la infancia es más larga entre nosotros, la vida lo es también, de donde resulta que todo es más ó menos igual en este punto (*g*), aunque haya con respecto al número de hijos (*h*), otras reglas que no incumben á mi objeto. Entre los viejos que se agitan y transpiran poco, la necesidad de alimentación disminuye en relación directa de sus fuerzas, y como la vida salvaje aleja

de ellos la gota y el reumatismo, y la vejez es de todos los males el que menos pueden aliviar los recursos humanos, extingúense al fin, sin que los demás se perciban de que han dejado de existir y casi sin darse cuenta ellos mismos.

Respecto á las enfermedades, no repetiré las vanas y falsas declamaciones que hacen contra la medicina la mayoría de las gentes que gozan de salud; pero sí preguntaría si existe alguna observación sólida de la cual pueda deducirse que, en los países en donde este arte está más descuidado, por término medio, la vida en el hombre sea más corta que en los que es cultivado con la más grande atención. Y ¿cómo podría ser así, si nosotros mismos nos procuramos mayor número de males que remedios puede proporcionarnos la medicina? La extrema desigualdad en la manera de vivir, el exceso de ociosidad en unos, el exceso de trabajo en otros, la facilidad de irritar y de satisfacer nuestros apetitos y nuestra sensualidad, los alimentos demasiado escogidos de los ricos, cargados de jugos enardecientes que los hacen sucumbir de indigestiones; la mala nutrición de los pobres, de la cual carecen á menudo y cuya falta los lleva á llenar demasiado sus estómagos cuando la ocasión se presenta, las vigiliias, los excesos de toda especie, los transportes inmoderados de todas las pasiones, las fatigas y decaimiento del espíritu, los pesares y tristezas sin número que se experimentan en todas las clases y que roen perpetuamente las almas, he ahí las funestas pruebas de que la mayor parte de nuestros males son nuestra propia obra y de que los habríamos casi todos evitado conservando la manera de vivir sencilla, uniforme y solitaria que nos estaba prescrita por la naturaleza. Si ésta nos ha destinado á vivir sanos, me atrevo casi á asegurar que el

estado de reflexión es un estado contra natura y que el hombre que medita es un animal depravado. Cuando se piensa en la buena constitución de los salvajes, al menos la de aquellos que no hemos perdido con nuestros fuertes licores; cuando se sabe que no conocen casi otras enfermedades que las heridas y la vejez, créese que es tarea fácil la de hacer la historia de las enfermedades humanas siguiendo la de las sociedades civiles. Esta es, por lo menos, la opinión de Platón, quien juzga, por ciertos remedios empleados ó aprobados por Podalirio y Macaón durante el sitio de Troya, que diversas enfermedades que los dichos remedios debían excitar no eran todavía conocidas entonces entre los hombres, y Celso refiere que la dieta, hoy tan necesaria, no fué inventada sino por Hipócrates.

Con tan pocas fuentes verdaderas de males, el hombre en su estado natural apenas si tiene necesidad de remedios y menos todavía de medicinas. La especie humana no es á este respecto de peor condición que las otras, y es fácil saber por los cazadores si en sus excursiones encuentran muchos animales enfermos. Muchos hallan, en efecto, algunos de ellos con heridas considerables perfectamente cicatrizadas, que han tenido huesos y aun miembros rotos y que se han curado sin otro cirujano que el tiempo, sin otro régimen que su vida ordinaria y que no están menos bien por no haber sido atormentados con incisiones, envenenados con drogas ni extenuados por el ayuno. En fin, por útil que pueda ser entre nosotros la medicina bien administrada, no deja de ser siempre cierto que si el salvaje enfermo, abandonado á sus propios auxilios, no tiene nada que esperar sino es de la naturaleza, en cambio no tiene que temer más que á su mal, lo cual hace á menudo su situación preferible á la nuestra.

Guardémonos, pues, de confundir al hombre salvaje con los que tenemos ante nuestros ojos. La naturaleza trata á todos los animales abandonados á sus cuidados con una predilección que parece demostrar cuán celosa es de su derecho. El caballo, el gato, el toro, el asno mismo, tienen la mayor parte una talla más alta, todos una constitución más robusta, más vigor, más fuerza y más valor cuando están en la selva que cuando están en nuestras casas: al ser domesticados pierden la mitad de estas cualidades. Diríase que todos nuestros cuidados, tratando y alimentando bien estos animales, sólo logran degenerarlos. Lo mismo pasa con el hombre: haciéndose sociales y esclavos, tórnase débil, tímido y servil, y su manera de vivir delicada y afeminada termina por enervar á la vez su fuerza y su valor. Añadamos que entre las condiciones de salvaje y civilizado, la diferencia de hombre á hombre debe ser más grande aún que la de bestia á bestia, pues habiendo sido el animal y el hombre tratados igualmente por la naturaleza, todas las comodidades que éste se proporciona más que los animales que domina, son otras tantas causas particulares que le hacen degenerar más sensiblemente.

No es, pues, una gran desgracia, para los hombres primitivos, ni sobre todo un gran obstáculo para su conservación, la desnudez, la falta de habitación y la privación de todas esas frivolidades que nosotros creemos necesarias. Si no tienen la piel velluda, ninguna falta les hace en los países cálidos, y en los países fríos saben bien aprovecharse de las de los animales que han vencido. Si no tienen más que dos pies para correr, tienen dos brazos para proveer á su defensa y á sus necesidades. Sus hijos empiezan á caminar tal vez tarde y penosamente, pero las madres los conducen con facilidad, ventaja de que carecen las

otras especies, en las que la madre, siendo perseguida, se ve constreñida á abandonar sus pequeñuelos ó á arreglar su paso al de ellos. En fin, á menos que se acepte el concurso de circunstancias singulares y fortuitas de las cuales hablaré más adelante y que podrían no ocurrir jamás, es evidente, que el primero que se hizo un vestido ó se construyó una habitación, se proporcionó cosas poco necesarias, puesto que se había pasado hasta entonces sin ellas, y no se explica por qué no podría soportar, ya hombre, un género de vida que ha soportado desde su infancia.

Solo, ocioso y siempre rodeado de peligros, el hombre salvaje debe gustarle dormir y tener el sueño ligero, como los animales que pensando poco, duermen por decirlo así, todo el tiempo que no piensan. Constituyendo su propia conservación casi su único cuidado, debe ser causa de que sus facultades más ejercitadas sean aquellas que tienen por objeto principal el ataque y la defensa, ya sea con el fin de subyugar su presa, ya sea para evitar serla él de algún otro animal, resultando lo contrario con los órganos que no se perfeccionan sino por medio de la molicie y de la sensualidad, que deben permanecer en un estado de rudeza que excluye toda delicadeza. Encontrándose, en consecuencia, sus sentidos divididos en este punto, tendrá el tacto y el gusto de una tosquedad extrema y la vista, el oído y el olfato, de la más grande sutilidad. Tal es el estado animal en general y tal es también, según los relatos de los viajeros, la de la mayor parte de los pueblos salvajes. Así, no se debe extrañar que los hotentotes del cabo de Buena Esperanza, descubran á la simple vista los navíos en alta mar, á la misma distancia que los Holandeses con los anteojos; ni que los salvajes de la América descubriesen á los Españoles por

el rastro como habrían podido hacerlo los mejores perros, ni que todas esas naciones bárbaras soporten sin pena su desnudez, refinen su gusto á fuerza de pimienta y beban los licores europeos como agua.

He considerado hasta aquí el hombre físico; tratemos de observarlo ahora por el lado metafísico y moral.

No veo en todo animal más que una máquina ingeniosa, á la cual la naturaleza ha dotado de sentidos para que se remonte por sí misma y para que pueda garantizarse, hasta cierto punto, contra todo lo que tienda á destruirla ó á descomponerla. Percibo precisamente las mismas cosas en la máquina humana, con la diferencia de que la naturaleza por sí sola ejecuta todo en las operaciones de la bestia, en tanto que el hombre concurre él mismo en las suyas como agente libre. La una escoge ó rechaza por instinto y el otro por un acto de libertad, lo que hace que la bestia no pueda separarse de la regla que le está prescrita, aun cuando le fuese ventajoso hacerlo, mientras que el hombre se separa á menudo en perjuicio propio. Así se explica el que un pichón muera de hambre al pie de una fuente llena de las mejores viandas y un gato sobre un montón de frutas ó de granos, no obstante de que uno y otro podrían muy bien alimentarse con lo que desdeñan, si les fuese dado ensayar, y así se explica también el que los hombres disolutos se entreguen á excesos que les originan la fiebre y la muerte, porque el espíritu perverte los sentidos y la voluntad continúa hablando aun después que la naturaleza ha callado.

Todo animal tiene ideas, puesto que tiene sentidos y aun las coordina hasta cierto punto. El hombre no difiere á este respecto de la bestia más que por la cantidad, habiendo llegado algunos filósofos hasta á afirmar que la diferencia que existe es mayor de hombre á hombre

que de hombre á bestia. No es, pues, tanto el entendimiento lo que establece entre los animales y el hombre la distinción específica, sin su calidad de agente libre. La naturaleza ordena á todos los animales y la bestia obedece. El hombre experimenta la misma impresión, pero se reconoce libre de ceder ó de resistir, siendo especialmente en la conciencia de esa libertad que se manifiesta la espiritualidad de su alma, pues la física explica en parte el mecanismo de los sentidos y la formación de las ideas, pero dentro de la facultad de querer ó mejor dicho de escoger, no encontrándose en el sentimiento de esta facultad, sino actos puramente espirituales que están fuera de las leyes de la mecánica.

Pero, aun cuando las dificultades que rodean todas estas cuestiones permitiesen discutir sobre la diferencia entre el hombre y el animal, hay otra cualidad muy especial que los distingue y que es incontestable: la facultad de perfeccionarse, facultad que, ayudada por las circunstancias, desarrolla sucesivamente todas las otras y que reside tanto en la especie como en el individuo; entretanto que un animal es al cabo de algunos meses, lo mismo que será toda su vida, y su especie será después de mil años la que era el primero. ¿Por qué únicamente el hombre está sujeto á degenerar en imbécil? No es que vuelve así á su estado primitivo y que, mientras que la bestia que nada ha adquirido y que por consiguiente nada tiene que perder, permanece siempre con su instinto; el hombre perdiendo á causa de la vejez ó de otros accidentes todo lo que su *perfectibilidad* le había hecho alcanzar, cae de nuevo más bajo aún que la bestia misma. Sería triste para vosotros estar obligados á reconocer que esta facultad distintiva y casi ilimitada es el origen de todas las desgracias del hombre, que es ella la que le aleja á

fuerza de tiempo de ese estado primitivo en el cual deslizábanse sus días tranquilo é inocente; que es ella la que, haciendo brotar con el transcurso de los siglos sus luces y sus errores, sus vicios y sus virtudes, lo convierte á la larga en tirano de sí mismo y de la naturaleza (*i*). Sería espantoso tener que ensalzar como un ser bienhechor al primero que sugirió la idea al habitante de las orillas del Orinoco del uso de esas planchas que aplicaba sobre las sienes de sus hijos, asegurándoles una imbecilidad, al menos parcial, y por lo tanto su felicidad original.

Entregado por la naturaleza el hombre salvaje al solo instinto, ó más bien indemnizado del que le falta, tal vez por facultades capaces de suplirle al principio y de elevarlo después mucho más, comenzará, pues, por las funciones puramente animales (*j*). Percibir y sentir será su primer estado, que será común á todos los animales; querer y no querer, desear y tener, serán las primeras y casi las únicas funciones de su alma hasta que nuevas circunstancias originen en ella nuevas manifestaciones.

A pesar de cuanto digan los naturalistas, el entendimiento humano debe mucho á las pasiones, las cuales, débenle á su vez también mucho. Mediante su actividad nuestro corazón se perfecciona, pues ansiamos conocer porque deseamos gozar, siendo imposible concebir que aquel que no tenga ni deseos ni temores, se dé la pena de razonar. Las pasiones son el fruto de nuestras necesidades y sus progresos el de nuestros conocimientos, porque no se puede desear ni tener las cosas sino por las ideas que de ellas pueda tenerse, ó bien, por simple impulsión de la naturaleza; y el hombre salvaje, privado de toda luz, no siente otras pasiones que las de esta última especie, es decir: las naturales. Sus deseos se reducen á la satisfacción de sus necesidades físicas (*k*);

los solos goces que conoce en el mundo son : la comida, la mujer y el reposo ; los solos males que teme, el dolor y el hambre. He dicho el dolor y no la muerte, porque el animal no sabrá jamás lo que es morir. El conocimiento ó la idea de lo que es la muerte y sus terrores ha sido una de las primeras adquisiciones que el hombre ha hecho al alejarse de la condición animal.

Seríame fácil, si me fuese necesario, apoyar lo expuesto con hechos y hacer ver que en todas las naciones del mundo los progresos del espíritu han sido absolutamente proporcionales á las necesidades naturales ó á las que las circunstancias las haya sujetado, y por consiguiente á las pasiones que las arrastrara á la satisfacción de tales necesidades. Podría demostrar cómo en Egipto las artes nacen y se extienden con el desbordamiento del Nilo ; podría seguir sus progresos entre los griegos, en donde se las vió germinar, crecer y elevarse hasta los cielos entre las arenas y las rocas del Atica, sin lograr echar raíces en las fértiles orillas del Eurotas ; haría notar, en fin, que en general los pueblos del Norte son más industriosos que los del Mediodía, porque pueden menos dejar de serlo, como si la naturaleza quisiera así igualar las cosas dando á los espíritus la fertilidad que niega á la tierra.

Pero, sin recurrir á los inciertos testimonios de la historia, ¿quién no ve que todo parece alejar del hombre salvaje la tentación y los medios de dejar de serlo? Su imaginación no le pinta nada ; su corazón nada le pide. Sus escasas necesidades puede satisfacerlas tan fácilmente, y tan lejos está de poseer el grado de conocimientos necesarios para desear adquirir otros mayores, que no puede haber en él ni previsión ni curiosidad. El espectáculo de la naturaleza termina por serle indiferente á fuerza de serle familiar, pues impera en ella siempre

el mismo orden y efectúanse siempre idénticas revoluciones. Ningún asombro causan á su espíritu las más grandes maravillas y no es en él en donde hay que buscar la filosofía que necesita el hombre para saber observar una vez lo que ha visto todos los días. Su alma, que nada conmueve, se entrega al solo sentimiento de su existencia actual sin ninguna idea del porvenir, por próximo que pueda estar, y sus proyectos, limitados como sus conocimientos, extiéndense apenas hasta el fin de la jornada. Tal es todavía hoy el grado de previsión del caribe, que vende por la mañana su lecho de algodón y viene llorando por la tarde á comprarlo nuevamente, por no haber previsto que tendría necesidad de él la próxima noche.

Cuanto más se medita sobre este punto, más crece á nuestra vista la distancia que media entre las sensaciones puras y los simples conocimientos, siendo imposible concebir cómo un hombre habría podido por sus propios esfuerzos, sin el auxilio de la comunicación y sin el aguijón de la necesidad, franquear tan grande intervalo. ¡ Cuántos siglos han tal vez transcurrido antes que los hombres hayan estado en capacidad de ver otro fuego que el del cielo ! ¡ Cuántos azares diferentes no habrían experimentado antes de aprender los usos más comunes de este elemento ! ¡ Cuántas veces no lo habrán dejado extinguirse antes de haber adquirido el arte de reproducirlo ! ¡ Y cuántas veces tal vez cada uno de estos secretos habrá muerto con el que lo había descubierto ! ¿ Qué diremos de la agricultura, arte que exige tanto trabajo y tanta previsión, que depende de tantas otras artes, que evidentemente no es practicable sino en una sociedad por lo menos comenzada, y que no nos sirve tanto á recoger de la tierra los alimentos que suministraría bien sin ellos,

como á hacerla producir con preferencia aquellos que son más de nuestro gusto? Pero supongamos que los hombres se hubiesen multiplicado de tal manera que las producciones naturales no bastasen á nutrirlos, suposición que, dicho sea de paso, demostraría una gran ventaja para la especie humana en esta manera de vivir; supongamos que sin forjas ni talleres, los instrumentos de labor cayesen del cielo en manos de los salvajes; que éstos hubiesen aprendido á prever de lejos sus necesidades; que hubiesen adivinado la forma cómo se cultiva la tierra, cómo se siembran los granos y se plantan los árboles; que hubiesen descubierto el arte de moler el trigo y hacer fermentar la uva, cosas todas que ha sido preciso que le fuesen enseñadas por los dioses, pues no se concibe cómo las hubiera podido aprender por sí mismo; ¿quién sería, después de todo eso, bastante insensato para atormentarse cultivando un campo del cual sería despojado por el primer venido, hombre ó bestia indiferentemente, que la cosecha le agradase ó conviniere? Y ¿cómo se resolvería ninguno á pasar su vida en un trabajo penoso, del cual está seguro que no recibirá la recompensa necesaria? En una palabra: ¿cómo situación semejante podría llevar á los hombres á cultivar la tierra antes de que fuese repartida entre ellos, es decir, mientras que el estado natural no hubiese dejado de subsistir?

Aun cuando quisiéramos suponer un hombre salvaje tan hábil en arte de pensar como nos lo pintan nuestros filósofos; aun cuando hiciésemos de él, á ejemplo de ellos, un filósofo también, descubriendo por sí solo las más sublimes verdades, dictándonos por efecto de sus razonamientos muy abstractos, máximas de justicia y de razón sacadas del amor por el orden en general ó de la voluntad conocida de su creador; aun cuando lo supiera-

mos, en fin, con tanta inteligencia y conocimientos como los que debe tener, en vez de la torpeza y estupidez que en realidad posee, ¿qué utilidad sacaría la especie de toda esta metafísica, que no podría transmitirse ó otros individuos y que por consiguiente perecería con el que la hubiese inventado? ¿Qué progreso podría proporcionar al género humano esparcido en los bosques y entre los animales? Y ¿hasta qué punto podrían perfeccionarse é ilustrarse mutuamente los hombres que, no teniendo ni domicilio fijo ni ninguna necesidad el uno del otro, se encontrarían quizá dos veces en su vida, sin conocerse y sin hablarse?

Piénsese la multitud de ideas de que somos deudores al uso de la palabra; cuánto la gramática adiestra y facilita las operaciones del espíritu, y piénsese en las penas inconcebibles y en el larguísimo tiempo que ha debido costar la primera invención de las lenguas; añádanse estas reflexiones á las precedentes, y se juzgará entonces cuántos millares de siglos habrán sido precisos para desarrollar sucesivamente en el espíritu humano las operaciones de que era susceptible ó capaz.

Séame permitido examinar por un instante las dudas sobre el origen de las lenguas. Podría contentarme con citar ó repetir aquí las investigaciones que el abate de Condillac ha hecho sobre esta materia, las cuales confirman plenamente mi opinión y han sido tal vez las que me han hecho concebir las primeras ideas al respecto; pero la manera como este filósofo resuelve las dificultades que él mismo se plantea sobre el origen de los signos instituidos, demostrando que ha supuesto lo mismo que yo traigo al debate, es decir, una especie de sociedad ya establecida entre los inventores del lenguaje, creo, remitiéndome á sus reflexiones, deber añadir á las suyas las mías para exponer las mismas dificultades con la

claridad que conviene á mi objeto. La primera que se presenta es la de imaginar cómo han podido llegar á ser necesarias, toda vez que los hombres no tenían correspondencia alguna ni necesidad tampoco de tenerla, lo cual no permite concibir ni la invención, ni su posibilidad, no siendo como no lo era, indispensable. Yo podría decir, como tantos otros que las lenguas han nacido de las relaciones domésticas entre padres, madres é hijos; pero además de que tal aseveración no resolvería el punto, sería cometer la misma falta de los que, razonando acerca del estado natural, trasladan á él las ideas adquiridas en la sociedad, contemplan la familia reunida siempre en una misma habitación, guardando sus miembros entre sí una unión tan íntima y tan permanente como la que existe hoy entre nosotros, en donde tantos intereses comunes los une muy diferente al estado primitivo, en el cual no teniendo ni casas, ni cabañas, ni propiedades de ninguna especie, cada uno se alojaba al azar y á menudo por una sola noche; los machos y las hembras se unían fortuitamente, según se encontraban y según la ocasión y el deseo, sin que la palabra fuese un intérprete muy necesario para las cosas que tenían que decirse. Así también se separaban con la misma facilidad (1). La madre amamantaba sus hijos primero, por propia necesidad y luego, á fuerza de costumbre, por amor; pero tan pronto como éstos estaban en disposición de buscar por sí mismos su alimento, no tardaban en separarse de la madre, y como no había casi otro medio de volverse á encontrar si se perdían de vista, en breve terminaban por no reconocerse los unos á los otros. Nótese además que teniendo el hijo que explicar todas sus necesidades y estando por consiguiente obligado á decir más cosas á la madre que ésta á él, debe corresponderle la mayor parte en la invención, y ser el lenguaje

por él empleado casi obra exclusiva suya, lo cual ha multiplicado tanto las lenguas como individuos hay que las hablen, contribuyendo á ello la misma vida errante y vagabunda que no permitía á ningún idioma el tiempo de adquirir consistencia, pues decir que la madre enseña al hijo las palabras de que deberá servirse para pedirle tal ó cual cosa, demuestra bien cómo se enseñan los idiomas ya formados, pero no la manera cómo se forman.

Supongamos esta primera dificultad vencida; franqueemos por un momento el inmenso espacio de tiempo que ha debido transcurrir entre el estado natural y el en que se impuso la necesidad de las lenguas é investiguemos cómo pudieron comenzar á establecerse. Nueva dificultad peor aún que la precedente, porque si los hombres han tenido necesidad de la palabra, y aun cuando se comprendiese cómo los sonidos de la voz han sido tomados como intérpretes de las ideas, quedaría siempre por saber quiénes han podido ser los intérpretes de esta ingeniosa convención que, no teniendo un objeto perceptible, no podían indicarse ni por el gesto ni por la voz; de suerte que apenas si podemos formarnos aceptables conjeturas sobre el origen de este arte de transmitir el pensamiento y de establecer un comercio entre los espíritus; arte sublime que está ya muy distante de su origen, pero que el filósofo ve todavía á tan prodigiosa distancia de su perfección, que no hay hombre bastante audaz que pueda asegurar que la alcanzará jamás, aun cuando las resoluciones naturales que con el transcurso del tiempo se efectúan fuesen interrumpidas ó suspendidas en su favor, aun cuando todos los prejuicios al respecto fuesen obra de las academias ó éstas permaneciesen en silencio ante ellos y aun cuando pudiesen ocuparse de tan espinosa tarea durante siglos enteros sin interrupción.

El primer lenguaje del hombre, el lenguaje más universal, el más enérgico y el único del cual tuvo necesidad antes de que viviera en sociedad, fué el grito de la naturaleza. Como este grito no era arrancado más que por una especie de instinto en las ocasiones apremiantes, para implorar auxilio en los grandes peligros ó alivio en los males violentos, no era de mucho uso en el curso ordinario de la vida en la que reinan sentimientos más moderados. Cuando las ideas de los hombres comenzaron á extenderse y á multiplicarse y se estableció entre ellos una comunicación más estrecha, buscaron signos más numerosos y un lenguaje más extenso; multiplicaron las inflexiones de la voz añadiéndole gestos que, por su naturaleza, son más expresivos y cuya significación depende menos de una determinación anterior. Expresaban, pues, los objetos visibles y móviles por gestos y los que herían el oído por sonidos imitativos; pero como el gesto no puede indicar más que los objetos presentes ó fáciles de describir y las acciones visibles, que no son de uso universal, puesto que la obscuridad ó la interposición de un cuerpo las inutiliza, y puesto que exige más atención que la que excita, descubrieron al fin la manera de substituirlo por medio de las articulaciones de la voz, las cuales sin tener la misma relación con ciertas ideas, son más propias para representarlas todas como signos instituidos; substitución que no puede hacerse sino de común acuerdo y de manera bastante difícil de practicar por hombres cuyos groseros órganos no tenían todavía ejercicio alguno, y más difícil aún de concebir en sí misma, puesto que este acuerdo unánime debió tener alguna causa y la palabra debió ser muy necesaria para establecer su uso.

Cabe suponer que las primeras palabras de que hicieron uso los hombres tuvieron en sus espíritus una signifi-

cación mucho más extensa que las que se emplean en las lenguas ya formadas, y que ignorando la división de la oración en sus partes constitutivas, dieron á cada palabra el valor de una preposición entera. Cuando comenzaron á distinguir el sujeto del atributo y el verbo del nombre, lo cual no dejó de ser un mediocre esfuerzo de genio, los sustantivos no fueron más que otros tantos nombres propios y el presente del infinitivo el único tiempo de los verbos. En cuanto á los adjetivos, la noción de ellos debió desarrollarse muy difícilmente, porque todo adjetivo es una palabra abstracta y las abstracciones son operaciones penosas y poco naturales.

Cada objeto recibió al principio un nombre particular, sin poner atención á los géneros y á las especies, que esos primeros institutores no estaban en estado de distinguir, presentándose todos los individuos aisladamente en sus espíritus como lo están en el cuadro de la naturaleza. Si un roble se llamaba A, otro se llamaba B, pues la primera idea que se saca de dos cosas es que no son las mismas, siendo preciso á menudo mucho tiempo para poder observar lo que tienen de común; de suerte que, mientras más limitados eran los conocimientos más extensoera el diccionario. El obstáculo de toda esta nomenclatura no pudo ser vencido fácilmente, pues para ordenar los seres bajo denominaciones comunes y genéricas, era preciso conocer las propiedades y las diferencias, hacer observaciones y definiciones, es decir, conocer la historia natural y la metafísica, cosas muy superiores á las que los hombres de aquel tiempo podían realizar.

Por otra parte, las ideas generales no pueden introducirse en el espíritu más que con ayuda de las palabras, abarcándolas el entendimiento sólo por preposiciones. Es esta una de las razones por las cuales los animales